

—¿Me amas?—preguntó con voz queda y profunda. Magdalena sonrió á su vez con su risa de niña buena y amante. Ya no veía la alcoba, se sentía dominada y vendida por las caricias de Guillermo. Aproximóse á éste y le besó con cariño.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO M. YES"
Apto. 1025 MONTERREY, N.M.P.M.

II

Magdalena Ferat era hija de un constructor mecánico. Su padre nacido en una aldea de las montañas de la Auvernia, llegó á París buscando fortuna con los pies descalzos y los bolsillos vacíos. Era uno de esos auverneses rechonchos, fuertes y duros para el trabajo. Entró de aprendiz en el taller de un constructor de máquinas y durante diez años limó y forjó con todas las fuerzas de sus manos callosas. Reunió céntimo á céntimo algunos miles de francos. Desde que empezó á trabajar se había jurado no parar hasta que tuviese reunida la suma necesaria para establecerse por su cuenta.

Cuando juzgóse bastante rico, alquiló un zaquizami, hacia la parte de Montrouge y se estableció como calderero. Era el primer paso hacia la fortuna, hacia los vastos talleres de construcción que soñaba en dirigir más adelante. Otros diez años vivió en su calderería limando y forjando con afán, sin buscarse una sola distracción ni un solo día de descanso. Poco á poco engrandeció su taller y tuvo á sus órdenes gran número de obreros; por fin pudo comprar el terreno y hacer construir inmensos talleres en el mismo sitio donde antes había tenido su miserable calderería. Los objetos que fabricaba eran más grandes también y más importantes.

Francia se cubría entonces de líneas férreas y las empresas le proporcionaban trabajos de muchísima entidad y

obtuvo ganancias fabulosas. Su sueño se realizaba; era rico.

Hasta entonces había trabajado con el deseo de ganar dinero, todo el dinero que le fuera posible, pero sin preocuparse de lo que haría después con el dinero. A él le bastaban dos francos diarios para vivir. Sus hábitos de trabajo, su ignorancia de los placeres y de las comodidades de la vida le impedían aprovecharse de su fortuna. Se había enriquecido más por obstinación que por sacar provecho de la fortuna. Se había jurado ser amo y toda la existencia la había empleado en cumplir aquel juramento. Cuando hubo reunido más de un millón, se preguntó qué podría hacer con aquel dinero. No tenía nada de avaro.

Ante todo se hizo construir, al lado de sus talleres, una casita que decoró y amuebló con bastante lujo. Pero se encontraba mal entre los tapices de sus habitaciones, y prefería pasar el día al lado de sus obreros, en las fraguas ennegrecidas por el carbón. Se hubiera tal vez decidido á alquilar su casa á cualquier familia para volver á ocupar el cuarto que antes tenía sobre su despacho, si un grave suceso no hubiese venido á modificar profundamente su existencia, haciendo nacer en él, un hombre nuevo.

Ocultá por la rudeza de su voz y de sus ademanes poseía Ferat una dulzura de niño. No hubiera matado á una mosca. Todas sus ternuras estaban dormidas, sofocadas por una vida laboriosa, cuando encontró á una huérfana, una pobre muchacha que vivía con una parienta anciana. Margarita era tan pálida y tan débil que no aparentaba más de dieciséis años; tenía una de esas figuras dulces y sumisas que enternecen á los hombres más fuertes. Ferat sintióse atraído y conmovido por aquella niña que sonreía ingenuamente, con humildad de sierva fidelísima. El antiguo obrero que había vivido siempre entre rudos operarios y desconocía los encantos de la debilidad, admiró las manos finas y el rostro infantil de Margarita. Se casó con ella al poco tiempo y la llevó á su casa en sus brazos como si fuera una niña.

Cuando la poseyó, amóla con devoción fanática. Fué su hija, su hermana y su esposa. Adoraba en ella su palidez, su aspecto enfermizo, sus delicadezas todas de mujer que sufre, y á quien él no se atrevía á tocar con sus manos callosas. No había amado nunca; cuando buscaba en sus recuerdos, no encontraba más ternera en todo su pasado, que la que en otro tiempo le había inspirado su madre hacia una Santa Virgen blanca que sonreía misteriosamente bajo sus velos, en el fondo de una capilla de su aldea. Ferat creyó encontrar de nuevo á

esta Santa Virgen en Margarita; tenía la misma discreta sonrisa, la misma tranquilidad santa, la misma bondad. Desde el primer momento había hecho de su mujer un ídolo y una reina; ella gobernaba su casa de la que se desprendía un exquisito perfume de elegancia y bienestar cambiando la fría mansión del obrero en un delicioso y tibio nido de amor. Durante un año, Ferat apenas se ocupó de sus talleres, entregóse por completo á disfrutar de la dicha exquisita y nueva para él de poseer un ser débil á quien amar. Lo que le encantaba y enternecía hasta hacerle llorar, era la gratitud que le demostraba Margarita. Cada una de sus miradas le daba las gracias por la felicidad y riqueza que le había otorgado. Margarita permanecía humilde siendo reina de su hogar; adoraba á su marido como á un amo, como á un bienhechor, como mujer que no sabía cómo pagar su deuda de felicidad. Se había casado sin mirar la curtida cara de Ferat, sin reparar en sus cuarenta años, impulsada únicamente por una amistad casi filial. Había adivinado que aquel hombre era bueno. «Te amo, decía Margarita á su marido muchas veces, porque eres fuerte y no me desprecias por mi debilidad; te amo porque no era nada y me has hecho tu mujer.» Y Ferat al oír estas palabras dichas con voz humilde y acariciadora, estrechaba á su mujer contra su pecho, con transportes inefables del corazón.

Al año de matrimonio, Margarita quedó en cinta. Su embarazo fué doloroso. Algunos días antes de la crisis el médico habló á solas con Ferat y le dijo que temía un fatal desenlace. La joven le parecía de constitución delicadísima y juzgaba le sería difícil la penosa labor del alumbramiento. Ferat estuvo como loco durante una semana; sonreía á su mujer que estaba echada sobre una otomana y salía á la calle á dar expansión á sus gemidos; pasaba las noches en sus talleres desiertos, yendo de hora en hora á pedir noticias; muchas veces cuando no podía dominar su dolor cogía un martillo y con todas sus fuerzas, con indecible rabia golpeaba sobre el yunque para desahogar su cólera. Llegó el momento terrible y los temores del médico se realizaron. Margarita murió al dar á luz una niña.

El dolor de Ferat fué imponderable. Sus ojos no pudieron verter ni una lágrima. Cuando la infeliz muerta estuvo sepultada, encerróse en su casa y permaneció sumido en un sombrío aniquilamiento. Hubo instantes que se creyó dominado por la locura. Seguía pasando las noches en sus talleres oscuros y silenciosos; hasta que hacia el día iba de un lado á otro por entre las mudas

máquinas, los tornos y los pedazos de hierro en bruto. Poco á poco este espectáculo, la vista de las herramientas que había logrado su fortuna le fué dando rabia. Había vencido á la miseria y no había podido vencer á la muerte. Durante veinte años sus potentes manos retorcieron fácilmente el hierro y esas mismas manos no habían podido salvar á su adorable mujercita. Ferat gritaba con desesperado acento: «¡Soy cobarde y débil como un niño; si hubiese sido fuerte no me la hubieran robado!»

En el transcurso de un mes nadie atrevióse á cortar su dolor. Después, un día, la nodriza que lactaba á Magdalena, le puso la niña en sus brazos. Ferat se había olvidado que tenía una hija. Al ver aquella pobre criaturita, lloró por fin, lloró lágrimas abrasadoras que despejaron su cabeza y su corazón. Contempló largo rato á Magdalena.

—Es débil y delicada como su madre—murmuró,—morirá como Margarita.

Desde entonces disminuyó su desesperación. Se acostumbró á la idea de que Margarita no había muerto del todo. Había amado á su mujer como padre y podía, amando á su hija, engañarse y llegar á creer que su corazón no había perdido nada. La niña era muy delicada, y parecía tener la carita pálida de su madre. Ferat experimentó una verdadera alegría al no hallar su constitución vigorosa en Magdalena, de este modo pudo imaginar que su hija era exclusivamente de la que ya no existía. Cuando Ferat hacía saltar á su hija sobre sus rodillas, se le ocurría el loco pensamiento de que su mujer había muerto para convertirse en niña, para que él la amase con mayor ternura.

Hasta la edad de dos años, Magdalena creció enclenque; estaba siempre entre la vida y la muerte. Hija de una moribunda tenía siempre en sus ojos una vaga sombra que de tarde en tarde desvanecían sus sonrisas. Su padre la quería más por lo mucho que sufría. Su misma debilidad la salvó, porque las enfermedades no hallaban campo abonado en su mísero cuerpecito. Los médicos la condenaron y ella se empeñó en vivir como una lamparilla que siempre agoniza, pero que nunca se apaga. Cuando cumplió los dos años de edad, la salud le afluyó bruscamente; en pocos meses, desapareció la tristeza de sus ojos y la sangre coloreó sus mejillas y sus labios. Fué una verdadera resurrección.

Hasta entonces había parecido una muerta, blanca y silenciosa; no sabía reír ni jugar. Cuando sus piernas, ya fuertes, pudieron sostenerla llenó la casa con su charla balbuciente y sus pasos vacilantes. Su padre la llamaba,

le tendía los brazos y la chiquilla iba á refugiarse en ellos con ese paso vivo de los niños que constituye una de sus gracias. Durante dos horas Ferat jugaba con su hija; la llevaba á los talleres entre el ruido formidable de las máquinas, diciendo que quería hacerla atrevida como un muchacho. Encontraba para divertirla puerilidades que una madre no hubiera sabido inventar.

Una curiosa particularidad aumentaba la adoración del desconsolado viudo. A medida que Magdalena crecía se iba pareciendo á él. En los primeros días cuando la niña estaba acostada en la cama consumida por la fiebre, tenía la misma cara dulce y triste que su madre. Ahora, rebotante de vida, fuerte y vigorosa parecía un muchacho; tenía los ojos grises, la frente ruda de Ferat y como éste, era terca y violenta. Pero conservaba siempre del drama de su nacimiento, una especie de estremecimiento nervioso, una debilidad innata que la quebrantaba en sus frecuentes rabietas de niña. Entonces lloraba amargamente. Si la parte superior de su rostro había tomado la dureza del obrero, seguía pareciéndose á su madre por la finura de su boca y la amorosa humildad de sus sonrisas.

Creció y Ferat soñó en casarla con un príncipe. Había empezado de nuevo á dirigir personalmente los talleres sabiendo ya lo que podía hacer con los millones. Hubiera querido sembrar tesoros á los pies de su ídolo. Lanzóse, pues, á grandes negocios, no satisficiéndole los propios de su casa, arriesgó su fortuna entera con el afán de duplicarla. Inesperadamente una brusca baja de los hierros le arruinó.

Magdalena tenía entonces seis años. Ferat desplegó una increíble energía. Apenas vaciló ante el rudo golpe que le hería. Con esa vista precisa y rápida de los hombres de acción, calculó que su hija era muy joven y que disponía de tiempo suficiente para ganar un dote para ella; pero no podía comenzar de nuevo en Francia su labor de titán; necesitaba para campo de sus operaciones, una región donde se improvisaran las fortunas. Decidióse en brevísimas horas resolviendo partir para América. Magdalena le esperaba en un pensionado de París.

Disputó los restos de su fortuna, céntimo á céntimo y consiguió salvar una renta de dos mil francos para su hija. Pensaba que si no realizaba sus deseos, Magdalena tendría al menos un pedazo de pan. Salió de Francia con cien francos en el bolsillo. La víspera de su partida, condujo á Magdalena á casa de uno de sus compatriotas á quien encargó cuidara de ella. Lobrichon, que había llegado á París en la misma época que Ferat, había comenzado por

ser comerciante de ropas y trapos viejos; después se estableció como almacenista de paños y había ganado una fortuna bastante regular. Ferat tenía una confianza absoluta en aquel amigo y paisano.

Dijo á Magdalena que volvería por la noche; recibió desfallecido las caricias de su hija y salió tambaleándose como un ébrio. Abrazó á Lobrichon en la pieza contigua.

—Si muero allá abajo—le dijo sollozando,—la servirás de padre.

Ferat no llegó á América. El barco que le conducía sorprendido por una tempestad fué á estrellarse contra las costas de Francia. Magdalena no supo la muerte de su padre, hasta mucho tiempo después.

Al siguiente día de embarcarse Ferat, Lobrichon condujo á la niña á un colegio de las Ternas, el que una de sus amigas le había designado como un excelente internado para señoritas. Los dos mil francos bastaban para satisfacer el importe de la pensión, y el antiguo traperero, no sintió desembarazarse inmediatamente de una muchacha cuyos brillantes ojos turbaban su quietud de enriquecido egoísta.

El colegio situado en medio de vastos jardines era un asilo alegre y sano. Las señoras que lo dirigían, admitían pocas pensionistas; la tarifa era muy elevada para que sólo pudieran ingresar no más que las hijas de los ricos. Su sistema educativo era muy original; enseñaban menos catecismo y ortografía que cortesías y sonrisas. Cuando salía una educanda de aquel colegio, era perfectamente ignorante, pero podía entrar en un salón, con el aplomo de una coquetería refinada, poseyendo todas las gracias y la espiritualidad parisina. Las directoras habían comprendido su oficio y lograron dar á su establecimiento una reputación innegable de aristocrática elegancia. Era un honor para las familias acomodadas entregar á aquellas señoras una hija de la que hacían una maravillosa y adorable muñeca.

Magdalena no se hallaba á gusto en aquel pensionado. No era dócil como las otras sino vivaracha y brusca. Durante las horas destinadas al juego, corría y saltaba como un muchacho con transportes de alegría que turbaban la quietud de aquella correcta y elegante mansión. Si su padre la hubiese educado á su lado hubiera sido resuelta, franca y orgullosa.

Sus compañeras de colegio le enseñaron á ser mujer. Los primeros días llamó la atención desfavorablemente, por sus gestos y por sus carcajadas de todas aquellas muñecas de diez años, maestras ya en el arte de no desarreglar los pliegues de sus faldas. Las pensionistas jugaban poco; se

paseaban como personas mayores por el jardín, y había chiquillas, no tan altas como la palma de la mano que sabían saludar desde lejos con las puntas de sus dedos enguantados. Magdalena aprendió de estas deliciosas muñecas una porción de cosas que ignoraba en absoluto. En los rincones, detrás del follaje de los setos, sorprendió grupos que hablaban de los hombres; se mezcló en estas conversaciones con la curiosidad ardiente de la mujer que nace en la niña y de este modo recibió precoces instrucciones de la vida. El peligro estaba en que estas chiquillas daban á lo soñado caracteres de realidad; deseaban vivamente tener amantes, se confiaban las impresiones que habían recibido en su última salida del colegio; se leían apasionadas y extensas cartas amorosas que habían escrito en la clase de inglés y no se ocultaban sus esperanzas de ser raptadas cualquier noche. Estas conversaciones no eran peligrosas para algunas niñas, en Magdalena en cambio produjeron gran influencia.

Magdalena había heredado de su padre un alma ingenua y la decisión rápida y lógica de su naturaleza de obrero. La joven desde que empezó á ser mujer y creyo conocer la vida, trató de formarse una idea definitiva del mundo deduciéndolo todo por lo que veía y oía en el colegio. De las chiquilladas de sus compañeras infirió que no era malo amar á un hombre y que éste podía ser el primero que se presentara. La palabra matrimonio la había oído pronunciar raras veces á aquellas señoritas. Magdalena cuyas ideas eran de una simplicidad encantadora, ideas de acción, se llegó á imaginar que para tener un amante bastaba con salir á la calle y marcharse asida del brazo del primer hombre que le agradara. Estos pensamientos no alteraban su modo de ser; era de temperamento frío y hablaba de amor con sus amigas como hubiese hablado de modas. Decíase muchas veces: «Si en alguna ocasión amo á un hombre haré como Blanca, le escribiré largas cartas y le obligaré á que me rapte.» En sus ensueños de niña existía cierta idea de lucha que la encantaba; esto era todo el placer que se prometía saborear. Más tarde, cuando conoció realmente las vergüenzas de la vida, sonrió con tristeza acordándose de sus disparatados pensamientos de niña. Pero en el fondo de su alma quedó siempre, á pesar suyo, la idea de que era lógico y más franco irse con el hombre á quien se ama.

Un carácter semejante hubiera sido capaz de resoluciones más firmes. Desgraciadamente nadie se cuidaba de conservar esta franqueza y esta fuerza de voluntad. Magdalena no deseaba más que seguir un camino largo é igual;

amaba la tranquilidad y todo lo que era grande y serena. Necesitaba quien la asistiera en los momentos de debilidad, que su madre hubiera estado con ella. Pero se la dió una educación completamente contraria. Tenía el carácter de un muchacho franco y resuelto, y se la quiso hacer una niña hipócrita. Si no lo lograron fué porque su carácter no se avenía con los saludos mimosos, con los movimientos de cabeza cadenciosos y lánguidos, con las hipocresías del rostro y del corazón. Pero crecía entre muchachas coquetas en una atmósfera saturada de perfumes enervantes de tocador. Las melosas frases de sus profesoras, que eran, en realidad, criadas de sus discípulas ablandaron su carácter. Diariamente oía decir: «No medite usted; aprenda á ser delicada y elegante; para eso ha venido usted á esta casa.» Poco á poco perdió su testarudez y sus caprichos, pero sin llegar á trazarse una línea de conducta con todos los consejos de coquetería que se le daban, hallábase irresoluta y vacilante. Casi llegó á olvidarse en absoluto de sus deberes de mujer, que reemplazó por un inmenso amor á la independencia. Quería obrar rectamente, como un hombre, con debilidades extrañas, pero sin mentir jamás y bastante fuerte para castigarse el día que cometiera una infamia.

La vida de reclusa que llevaba en el colegio concluyó de alucinarla, haciéndole tomar por buenas las falsas ideas que tenía de la vida. Lobrichon, que continuaba siendo su tutor apenas iba á verla de tarde en tarde y se limitaba á darle un golpecito en la mejilla, recomendándola que no dejara de ser buena. Una madre la hubiera hecho ver los errores en que crecía. Creció solitaria, sin otro guía que sus propias ideas, y acogiendo los consejos de los demás con mucha desconfianza. Las más inocentes niñerías adquirirían grave importancia á sus ojos porque las aceptaba como única regla de conducta posible. Sus compañeras iban todos los domingos á sus casas y á cada salida formaban una lección de las cosas de la vida. Durante estas salidas, Magdalena permanecía en el pensionado, persuadiéndose cada vez más de la valía y exactitud de sus errores. Las vacaciones las pasaba también encerrada, y entregada por completo á sus pensamientos. Lobrichon que seguía temiendo el carácter turbulento de la muchacha, la alejaba de su lado. Nueve años transcurrieron así. Magdalena tenía quince años, era ya una mujer y sabía conservar para siempre la huella de los sueños con los que había crecido y desarrollado.

Le habían enseñado la música y el baile. Sabía pintar con gusto á la acuarela y bordar de todas las maneras imagi-

nables. Por lo demás era incapaz de hacer un dobladillo ni de hacerse ella misma la cama. En cuanto á su instrucción no pasaba de algunas nociones de gramática, un poco de aritmética y mucha historia sagrada. Las maestras habían procurado inútilmente que escribiera con buena letra; su ciencia no pasaba de ahí; la reprendían también porque saludaba con demasiada seriedad y porque desvirtuaba el efecto de sus sonrisas con la fría expresión de sus ojos grises.

Cuando cumplió Magdalena los quince años, Lobrichon, que desde hacía algún tiempo iba á verla casi todos los días, la preguntó si le gustaría salir del colegio. La joven no tenía afán por entrar en lo desconocido, pero á medida que se hacía mujer la disgustaban más las frases melosas de sus profesoras y las gracias estudiadas de sus compañeras. Respondió, pues, á su tutor, que estaba dispuesta á seguirle. Al día siguiente, durmió ya en la casita que el amigo de su padre acababa de comprar en Passy.

El ex-pañero, acariciaba un proyecto. Habíase retirado del comercio á la edad de sesenta años. Durante más de treinta años, había vivido miserablemente, comiendo mal y privándose de mujer para acrecentar su fortuna. Como Ferat, era trabajador incansable, pero trabajaba con el deseo de disfrutar después. Se proponía satisfacer con creces todos sus apetitos cuando fuera rico. Le favoreció la fortuna, tomó una buena cocinera y compró una casa tranquila con jardín y patio, resolviendo casarse con la hija de su antiguo amigo.

Magdalena no tenía un céntimo, pero era alta, robusta y tenía ya un abultado seno que respondía al ideal de Lobrichon. Por lo demás éste no se decidió sino después de largas reflexiones. Magdalena era muy joven aun y pensó que podría educarla para él solo, dejándola madurar lentamente y saboreando de antemano la voluptuosidad de vigilar el desarrollo de aquella belleza. Después la tomaría absolutamente virgen y la formaría á su gusto como una esclava de serrallo. En este pensamiento, en la preparación de aquella niña en esposa ponía un refinamiento monstruoso de hombre que ha torturado su cuerpo durante muchos años.

Magdalena vivió tranquila, durante cuatro años, en la casita de Passy. No había hecho más que cambiar de cárcel, pero no se quejaba de la vigilancia activa de su tutor; no tenía deseos de salir y bordando se pasaba el día sin sentir ese malestar que atosiga á las jóvenes de su edad. Sus sentidos tardaron mucho en despertarse. Además, Lobrichon se esforzaba por aparecer cariñoso; frecuentemen-

te cogía sus manos delicadas y la besaba en la frente con sus ardientes labios. Magdalena recibía estas caricias con tranquila sonrisa, no apercibiendo las extrañas miradas del viejo cuando delante de él quitábase la toquilla que cubría su pecho como si hubiese sido un padre.

Acababa de cumplir diecinueve años cuando una noche el viejo mercader de paños, olvidando su habitual circunspección, la besó en los labios. Magdalena le rechazó con un gesto instintivo de protesta y le miró cara á cara resueltamente aunque sin comprender con precisión cuáles eran las intenciones de su tutor. El viejo cayó de rodillas, balbuceando palabras vergonzantes. El miserable, animado por ardiente deseo, no había podido desempeñar por más tiempo su papel de protector desinteresado. Es posible que Magdalena hubiera accedido á ser su esposa si no la hubiese molestado. La joven se retiró tranquilamente, anunciando que abandonaría aquella casa al siguiente día.

Lobrichon quedó solo comprendiendo la falta irreparable que acababa de cometer. Conocía á Magdalena y no dudaba que cumpliría su palabra; perdió la cabeza y no pensó más que en saciar su pasión. Pensó que una violencia suprema desconcertaría á la joven y la arrojaría en sus brazos vencida ya. Hacia media noche, subió á la habitación de su pupila; tenía una llave de este cuarto y varias veces en sus momentos de fiebre había entrado sin ser visto para mirar á la joven medio desnuda en el desorden del sueño.

Magdalena se despertó bruscamente dominada por una extraña sensación. Como la lamparilla no se había apagado aún vió á Lobrichon que se acercaba procurando abrazarla. Magdalena le echó ambas manos al cuello, y con un vigor increíble saltó vivamente al suelo y arrojó sobre su lecho al miserable que se estremecía nerviosamente. La vista de aquel viejo, en camisa, pálido y descolorido, cuyos miembros tocó con los suyos, le causó una impresión horrible. Le pareció que había dejado de ser virgen. Tuvo un instante á Lobrichon inmóvil, mirándole fijamente con sus ojos grises y dudando si debía estrangularle; después lo empujó con tal violencia que la cabeza del viejo fué á chocar contra la pared de la alcoba y quedó desvanecido.

Magdalena se vistió rápidamente y salió de la casa. Descendió hacia el Sena. Cuando atravesaba las desiertas calles, oyó dar la una de la madrugada. Siguió caminando con el propósito de no parar hasta la mañana, que aprovecharía para buscar una habitación. Se había calmado y no sentía más que una tristeza profunda. Una sola idea atormentaba su cerebro, la pasión; era vergonzosa y no

amaría nunca. No dejaba de ver las piernas blancuzcas del viejo en camisa.

Cuando llegó al Puente Nuevo entró en la calle Dauphine para no encontrarse con un grupo de estudiantes alegres y alborotadores. Siguió caminando, sin saber donde se encontraba. No tardó en comprender que la seguía un hombre. Quiso huir, pero el hombre apresuró el paso y la alcanzó. Entonces con la decisión y franqueza que eran sus distintivos, se volvió hacia el desconocido y le refirió su historia en breves frases. Este le ofreció cortésmente el brazo, rogándole que aceptara su hospitalidad. Era un joven alto y grueso, de fisonomía alegre y simpática. Magdalena le examinó en silencio y aceptó el brazo, tranquila y confiada.

El joven tenía un cuarto alquilado en un hotel de la calle Soufflot. Dijo á su inesperada compañera que se acostase en la cama, pues él dormiría divinamente en el canapé. Magdalena creía soñar; miraba la habitación adornada con pipas y espadas, seguía examinando á su protector, que la trataba como antiguos conocidos, con familiaridad cordial. Observó que había un par de guantes de mujer sobre la mesa. Su acompañante la tranquilizó, riendo y diciéndole que no temiera que se presentara ninguna mujer á molestarlos, y que bien podía comprender que si fuera casado no la hubiera seguido por las calles. Magdalena se ruborizó.

Al día siguiente se despertó en los brazos del joven. Se había entregado voluntariamente impulsada por una fuerza que no acertaba á comprender. Lo que había negado á Lobrichon con energía casi salvaje, lo entregaba dos horas después á un desconocido. No se arrepentía sin embargo. Le causaba cierta admiración este contraste.

Cuando supo su amante, que la historia que Magdalena le había referido era cierta en todas sus partes, experimentó una verdadera sorpresa. Hasta entonces creía haber encontrado á una bribona que mentía para hacerse desear. Todo lo que había pasado antes de acostarse le pareció una comedia perfectamente urdida. Sino hubiera tenido esta creencia, procediera con más cortesía, y sobre todo habría reflexionado y comprendido las consecuencias de aquellas relaciones. Era un buen muchacho que deseaba divertirse, pero que tenía una saludable prevención á los amores serios. Había pensado dar hospitalidad á Magdalena durante una noche y separarse de ella al siguiente día. Quedóse, pues, preocupado y triste cuando comprendió su error.

—Querida mía—dijo á Magdalena con voz conmovida, hemos cometido una falta gravísima. Perdóname y olvídate me... Debo salir de Francia dentro de algunas semanas ignoro si regresaré nunca.

Oyó Magdalena estas palabras sin inmutarse. No tenía ningún cariño á su amante de una noche. Sus improvisados amores habían sido para él una aventura, y para ella un accidente, del que su ignorancia no había podido prevenirle. Pensaba que si aquel hombre hubiese sido su esposo no podría separarse de aquel modo. Dió algunos pasos por la habitación, distraída, buscando sus vestidos después fué á sentarse en el borde del lecho, y con voz temblorosa:

—Téngame á su lado—dijo,—hasta que se vaya de París... Esto será lo mejor.

Esta última frase dicha con profunda ingenuidad conmovió al joven. Tuvo conciencia de la desgracia que acababa de echar para siempre en la vida de aquella mujer que se le había entregado, con tranquilidad de niña ignorante. La estrechó contra su pecho y la dijo que aquella sería su casa.

Aquel mismo día fué Magdalena á buscar sus ropas. Tuvo una entrevista con su tutor, al que impuso duramente su voluntad. El viejo temiendo un escándalo y dolorido amor por la lucha de la noche última, temblaba ante su pupila. Magdalena le hizo jurar que jamás trataría de venderla. Se llevó los títulos de sus dos mil francos de renta. Este dinero constituía su orgullo y en cierto modo su dignidad, pues le permitía permanecer en casa de su amante sin venderse.

Por la tarde estaba instalada ya en el hotel de la calle de Soufflot y bordaba tranquilamente como hasta entonces lo había hecho en casa de su tutor. Le parecía que su vida no había cambiado. Y por nada de lo que había hecho creyó que debía enrojecer. Ninguno de sus sentimientos de independencia y de franqueza habían sido heridos con su falta. Se había entregado libremente y sin calcular las terribles consecuencias de su caída. El porvenir no la preocupaba.

Su amante sentía por las mujeres esa poca estimación de los hombres que frecuentan el trato de ciertas criaturas despreciables siempre; pero poseía la ruda bondad de un hombre vigoroso que procura vivir alegremente. Al decir verdad olvidó pronto sus remordimientos y dejó de compadecer la suerte de Magdalena. Al poco tiempo la amaba á su manera; le parecía hermosa y la enseñaba gozoso á sus amigos. La trataba como querida y la lleva-

ba los domingos á Verrières ú otro sitio, haciéndola comer durante la semana con las mujeres de sus amigos. Magdalena acabó por acostumbrarse á aquella vida.

Es posible que hubiese protestado si su amante no hubiera sido cariñoso con ella; pero poseía un carácter muy alegre y la hacía reír como un niño hasta con las bromas que la hacían daño. Poco á poco fué aceptando su posición. Su alma se enlodaba á su pesar y sin darse cuenta de ello se habituó á la deshonra.

El estudiante acababa de ser nombrado médico militar, la víspera de su encuentro con Magdalena y esperaba de un momento á otro la orden de salir de París. Esta orden no llegaba y Magdalena veía pasar los meses, diciéndose cada noche que tal vez la próxima sería viuda. Creía no estar más que algunas semanas en el hotel de la calle Soufflot y estuvo un año. Al principio sólo sentía amistad por el hombre con quien vivía. Pero cuando al cabo de dos meses, empezó á vivir mortificada por la idea constante de la próxima separación, fué tomándole mayor afecto hasta que acabó por enamorarse. Si su amante se hubiera marchado en seguida, le hubiera visto alejarse sin gran pesar. Pero, siempre atormentada por el temor de perderle y poseyéndole siempre acabó por considerarse unida estrechamente á él. Nunca le amó con pasión; pero poco á poco fué perteneciéndole hasta otorgarle la absoluta posesión de su cuerpo y de su alma. Actualmente ya no podía olvidarle.

Un día, Magdalena acompañó á una de sus nuevas amigas en un corto viaje. Dicha amiga que se llamaba Luisa y era querida de un estudiante de derecho, iba á ver á un niño, hijo suyo, que había dado á criar á unas veinte leguas de París. Las jóvenes debían pasar todo el día y la noche fuera para regresar al día siguiente; pero el mal tiempo las obligó á aplazar un día el regreso.

Magdalena acurrucada en uno de los ángulos del vagón que la conducía á París, pensaba con tristeza en el espectáculo que acababa de presenciar; las caricias de la madre y la vocecilla del pequeñuelo le habían descubierto un mundo de emociones desconocidas. Cuando se le ocurrió pensar que también podía ella ser madre sintió extraño malestar. Entonces la idea de que pronto se separaría del hombre con quien vivía le sugirió el pensamiento de una espantosa desgracia en la que jamás había pensado. Veía su caída, su falsa y penosa situación, y sentía vivísimo anhelo de llegar para abrazar á su amante y suplicarle que se casase con ella, para que no la abandonase nunca.

Llegó á la calle de Soufflot febril y anhelosa. Se había

olvidado del frágil lazo pronto á romperse, que la unió á su amante; quería tomar posesión plena del hombre cuyo recuerdo había de durarle tanto como la vida. Cuando abrió la puerta de la habitación se quedó estupefacto.

Arrodillado su amante cerca de la ventana estaba arreglando una maleta; á su lado había un saco de viaje y otra maleta ya cerrada. Los vestidos de Magdalena y demás objetos que le pertenecían estaban en desorden sobre el lecho. El joven había recibido la orden de ponerse en camino aquella misma mañana y se había apresurado á hacer los preparativos, vaciando cajones y repartiendo el ajuar. Deseaba marcharse antes que regresase su querida creyendo que realmente obraba así impulsado por un buen pensamiento. Una carta lo hubiera explicado todo.

Cuando volvió la cabeza y vió á Magdalena en la puerta no pudo reprimir un gesto de contrariedad. Procuró disimular y avanzó hacia la joven esforzándose en sonreír.

—Mi pobre niña—le dijo abrazándola,—ha llegado la hora de despedirnos. Quería haberme marchado sin verte para evitarnos una escena desagradable... Ya ves que todo lo tuyo está sobre la cama.

Magdalena desfalleció. Sentóse sobre una silla sin pensar en quitarse el sombrero. Estaba palidísima y no acertaba á pronunciar una palabra. Sus ojos secos y brillantes iban incesantemente de las maletas á sus vestidos; el confuso montón de ropas y enseres que sobre la cama veía era lo que más le hacía comprender en que circunstancias se hacía aquella separación odiosa. Su ropa estaba unida á la de su amante porque ella no era nada para él.

Este terminó el arreglo de su última maleta.

—Me mandan ir al diablo—dijo el joven queriendo sonreír.—Voy á la Conchinchina.

Magdalena pudo al fin hablar.

—Está bien—dijo con voz muy queda,—te acompañaré á la estación.

No se creía con derecho para dirigir á su amante el menor reproche. El la había avisado y había sido ella la que se empeñó en quedarse. Pero todo su ser se conmovía y tenía grandes deseos de arrojarle á su cuello y suplicarle que no se fuera. El orgullo la sujetó en la silla. Quiso aparecer tranquila y no dar á entender al joven que silbaba con tranquilidad, hasta que punto sufría al tener que separarse.

Por la tarde fueron llegando los amigos del viajero y todos fueron á la estación á despedirle. Magdalena sonreía y su amante, animado por aquella sonrisa trataba de dis-

vertirse. En el momento de entrar en la sala de espera, fué inconscientemente cruel.

—Hija mía—le dijo,—no te digo que me esperes... Consuélate y olvidame.

Y partió. Magdalena que había conservado en los labios una sonrisa extraña y dolorosa, salió maquinalmente de la estación. No sabía por donde caminaba. No se apercibió siquiera de que uno de los compañeros de su amante la cogió del brazo para acompañarla. Hacía cerca de un cuarto de hora que caminaba sin ver ni oír nada, cuando una voz que la estremeció la hizo prestar atención á su pesar. El estudiante que la acompañaba la proponía que se fuera á vivir con él ya que se quedaba libre. Cuando comprendió bien la proposición miró con espanto al joven y separó bruscamente su brazo y corrió á encerrarse en su habitación de la calle de Soufflot. Allí completamente sola pudo dar expansión á sus sollozos.

Lloraba de vergüenza y de despecho. Veíase sola y su triste soledad acababa de ser ofendida por una proposición que le pareció monstruosa. Nunca había comprendido como entonces lo equivoco de su situación. Ni siquiera podía pedir respeto para sus lágrimas, pues creían que habían desaparecido ya las huellas de los besos de su amante. Sin embargo, Magdalena los sentía aún y se decía que la quemarían siempre. Entonces en medio de sus lágrimas, juró estar siempre sola, permanecer viuda. Tuvo clara idea de la eternidad de los lazos de la carne; todo nuevo amor la prostituiría despertando sus recuerdos vengadores.

No se acostó en el hotel de la calle de Soufflot. Aquel mismo día alquiló una habitación en otro hotel de la calle del Este. Allí vivió durante dos meses solitaria y huraña. Hubo momentos en los que soñó encerrarse en un convento; pero no se sintió con la vocación y la fe necesarias. En el colegio la habían hablado de Dios como de un joven apuesto. Magdalena no creía en ese Dios.

En esta época conoció á Guillermo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO B. DE LA ROSA"
No. 1223 MONTERREY, MEXICO